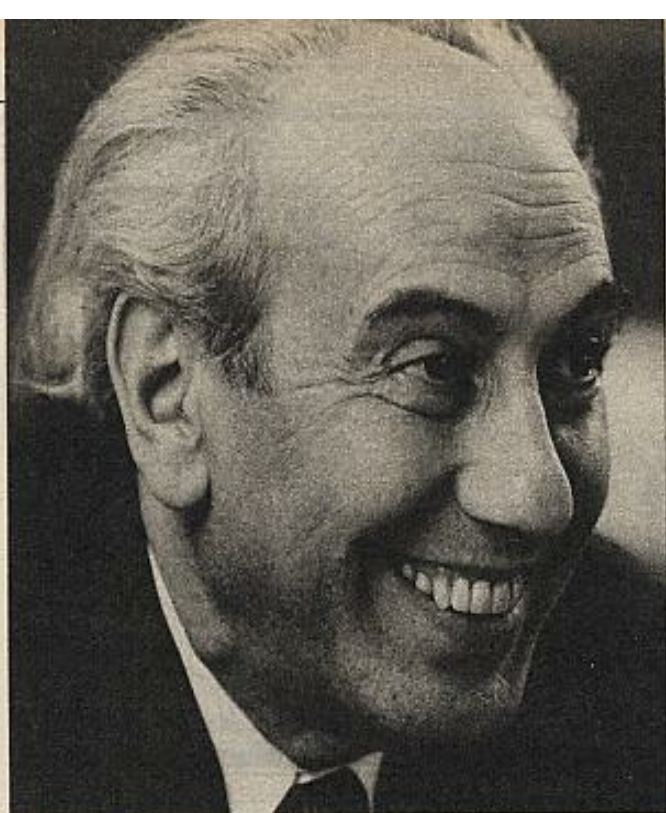


Lise y Arthur London: El camino de la libertad

Después de la revuelta del 17 de junio, el secretario de la Unión de Escritores hizo repartir propaganda en la Stalinallee. En ella se podía leer que el pueblo había perdido la confianza del Gobierno y que sólo trabajando doble podría reconquistarla. ¿No sería mucho más sencillo que el Gobierno disolviera al pueblo y eligiera uno nuevo?

"La solución", de Bertolt Brecht.



Arthur London

MONSERRAT ROIG

GERARD, ese es el nombre de guerra de Arthur London, estaba en mi casa, sentado ante la mesa, con el aire ausente. Sus enormes y cansados ojos repasaban la sala; de vez en cuando, su cabeza asentía pausadamente, iniciaba una leve sonrisa para recuperar otra vez la ausencia. Su mujer, Lise Ricol, charlaba, la mirada atenta en su esposo. De eso hace ya dos años, cuando la enfermedad de London alcanzaba su punto más alto. Mientras Gerard callaba y se perdía en sí mismo, Lise nos contaba que durante los procesos de Praga, en 1951, ella pasó por tres dramas: cuando se enteró que habían arrestado a su esposo, cuando creyó que él era culpable y el tercero —y más doloroso— cuando empezó a dudar de la infalibilidad del Partido Comunista y de la Unión Soviética.

—Nosotros éramos muy poco marxistas —decía Lise— y creíamos en nuestra fe como los primeros cristianos creían en Cristo. Nos veíamos como hormigas y el partido era una abstracción que planeaba sobre nuestras cabezas. No nos dábamos cuenta de que nosotros también éramos el partido...

Lise, pues, charlaba y Arthur London sólo esbozaba una triste y lenta sonrisa cuando le ofrecíamos algo. A media comida nos interrumpió de repente; sus casi atónitos ojos se habían detenido en un cartel que yo tenía en la pared. Era un retrato de O'Connolly y nos preguntó si se trataba de Vanzetti. Le dijimos que no y London volvió a enterrarse en su silencio. Después

recordé que en *La confesión* —la famosa autobiografía donde narra su experiencia dolorosa en el último gran proceso stalinista—, Arthur London cuenta que su primer recuerdo revolucionario fue el día en que, de la mano de su padre, estuvo en una manifestación en Praga para pedir que Sacco y Vanzetti no fueran condenados a muerte. Fue la primera vez que oyó cantar "La Internacional" y London ya no lo olvidó jamás.

Después del largo y extenuante proceso que padeció London en Praga —en el cual murieron amigos entrañables—, su cuerpo acumuló más enfermedades y sus ojos se quedaron a medio camino entre la pena y la perplejidad. London había vivido la gran aventura de la guerra de España, la Resistencia en Francia, la deportación al campo de exterminio nazi de Mauthausen, pero esto no fue comparable con lo que tuvo que sufrir luego: la persecución, las torturas, las calumnias de los suyos. Después, en 1968, vio cómo la esperanza era herida de nuevo con la entrada de los tanques soviéticos en Praga. Luego publicó *La confesión*, un libro escrito con la pena dentro del corazón. Después le quitarían la ciudadanía checa y las radios de influencia soviética volverían a decir que era un espía de la CIA. Ahora sabemos más cosas de Checoslovaquia por la "Carta 77", también que no hace mucho el Partido Comunista Francés reconoció de nuevo ante la televisión y por boca de Kanapa —del buró político— el grave error de la entrada de los tanques soviéticos

en Praga, de la falta de libertad en los países del Este.

Los London han vuelto a Barcelona, se ha paseado por una ciudad llena de sol, han reconocido en la Barcelona de 1977 muchas cosas de la Barcelona que habían dejado en 1939. Lise Ricol estuvo en la manifestación del día de Sant Jordi, cuando doscientos cincuenta mil barceloneses reivindicaron el Estatut y recordó, por el entusiasmo, la fraternidad y la explosión unida de varias generaciones, la alegría de la efímera Primavera de Praga. Ahora Arthur London ya no tiene la mirada ausente, ni el cuerpo tan cansado. Anda lentamente, pero el cuerpo se sostiene con más firmeza. Su sonrisa ya no tan leve, ni tan triste. Han vuelto a gozar de la realidad los dos London, caballeros andantes de la esperanza.

—¿Te acuerdas, Arthur —le pregunté—, de aquel día que confundiste el retrato de O'Connolly con el de Vanzetti? ¿Te acuerdas de Sacco y Vanzetti?

London sonríe. Cierra los ojos y con su lenta voz y su castellano a veces impreciso busca en su memoria herida los primeros recuerdos.

—Fue en mil novecientos veintisiete, yo tenía doce años. Mi padre me explicó quiénes eran esos Sacco y Vanzetti, él lo sabía bien porque había vivido en los Estados Unidos. Mi padre me contó que eran dos víctimas inocentes de la "justicia" americana.

—Y tu padre, que era comunista, ¿te llevó a una manifestación por dos anarquistas?

—Entonces no había el espíritu de separación política que hay hoy, Entonces habla fraternidad, solidaridad internacional. En todo el mundo hubo manifestaciones formidables, huelgas para liberar a esos dos héroes del movimiento obrero americano.

—También yo recuerdo muy bien aquellas manifestaciones por Sacco y Vanzetti —dice Lise—, yo vivía en Saint Etienne y había allí un viejo minero a quien le faltaban las piernas y estaba siempre con nosotros, los niños. Mi padre también era comunista y nos llevaba a toda la familia a los mítines, a las manifestaciones. El juicio de Sacco y Vanzetti era un juicio de clase, ¿comprendes?, era el asesinato legal de dos víctimas inocentes, y todo el movimiento obrero internacional se solidarizó con ellos, como después pasó con la guerra de España y hace poco con la guerra del Vietnam.

Lise y Gerard, antes de conocerse, ya tenían muchas cosas en común. Los dos nacieron en un pueblo minero, ella en Francia, en Saint Etienne. El en Ostrava, Checoslovaquia. Los dos de familia obrera, los dos mamaron desde muy pequeños la palabra solidaridad. Ella es hija de aragoneses que se refugiaron en Francia a principios de siglo huyendo del hambre. El padre de Lise desde muy joven contrajo la silicosis —pues antes de trabajar de minero iba a las montañas de Aragón buscando cal— y no podía trabajar durante el invierno. Cuenta Lise que su padre lo pasaba mal, muy mal, y que tenía que estarse los du-

ros y fríos inviernos en la cama mientras su madre trabajaba, limpiaba las casas de la burguesía y, en verano, vendía helados en un carrito para recoger dinero, puesto que el padre enfermo no tenía ningún tipo de seguridad social.

—Os conocisteis en la Unión Soviética, ¿no?

—Sí —dice Lise—, yo tenía dieciocho años y él diecinueve. Nosotros teníamos el corazón en la Unión Soviética. Había allí mucha restricción de alimentos, faltaba de todo, vivíamos mucho peor que en nuestros países, pero sabíamos que todo era consecuencia de la guerra civil que habían pasado los soviéticos, era un país deshecho, un país que se tenía que construir de nuevo. Velamos, pues, todas las dificultades enormes como un paso necesario para conseguir todas las cosas buenas que queríamos para el pueblo. Recuerdo que una vez visitamos una fábrica y preguntamos a un obrero italiano, que había huido del fascismo y que estaba allí para ayudar al socialismo, que cómo vivían, y el obrero contestó que comían poco y mal, pero que todos los sufrimientos que pasaban era

para construir algo muy agradable no sólo para el pueblo ruso, sino para toda la Humanidad.

Arthur London es también hijo de emigrados. No hace muchos años investigó la procedencia de su apellido y descubrió que pertenecía a una familia judía, expulsada de España por la Inquisición, que se había instalado primero en Inglaterra y que luego había ido a los Estados Unidos. Un tío abuelo de Arthur se casó con la madre del escritor Jack London y dio a éste su apellido. Familia de emigrados, familia perseguida, familia de revolucionarios. Veinticuatro miembros de la familia London murieron en las cámaras de gas nazis durante la segunda guerra mundial. Cuando Arthur London llegó deportado al campo de exterminio de Mauthausen, la organización clandestina del campo, en la que había muchos españoles, le ayudó a camuflarse y así pudo salvar su piel. Un español, José Lavín, haría mucho más: cada mañana los alemanes obligaban a los enfermos a escupir en una palangana. Los que echaban en ella esputos eran enviados inmediatamente a la cámara de gas. Arthur

London estaba enfermo de los pulmones, la enfermedad se había agravado durante la guerra de España, y escupía sangre. José Lavín, cada vez que le pasaban la palangana, escupía doblemente, por él y por Arthur London. Si los alemanes hubieran descubierto la acción de Lavín seguramente lo habrían ejecutado.

—Gerard, ¿cómo era Lise cuando la conociste?

—Tenía un gran ánimo revolucionario, era muy joven entonces y sólo pensaba en la gran revolución que se tenía que organizar en toda Europa.

—¿Crees que ha cambiado mucho desde entonces?

—Tiene el mismo ánimo que entonces, ella ha hecho grandes cosas por mí, me ayudó muchísimo durante los tiempos difíciles del stalinismo. La única diferencia es que ha adquirido más espíritu crítico, antes sólo sentía. Ahora también piensa.

—¿Cómo era, Lise, el Gerard de aquella época?

—Era un chico muy guapo. Recuerdo que lo ví por primera vez en la cantina. Yo iba con mis amigas francesas y de repente veo a un

chico alto, muy guapo, de pelo negro, delgado, que estaba mirándome. El sostenía una taza de té y no se daba cuenta de que el té se le derramaba porque me miraba como si yo fuera la Virgen del Pilar. Fue como un **coup de foudre**. Nos presentaron y, en nuestro mal ruso, nos contamos nuestra vida. Nos dimos cuenta de que los dos estábamos allí porque los dos deseábamos un mundo mejor.

Lise es una mujer morena, de rasgos hispánicos. Tiene unos grandes ojos que observan sin parar, con pasión. Por los gestos dirías que es una mujer del pueblo francés, pero se apasiona como si estuviera en el campo aragonés. Su rostro es grave y tira a duro, habla mucho, con convencimiento personal, su hablar es cortante e intimida algo. Pero de vez en cuando sorprendes en sus ojos, perplejos y hundidos por unas profundas ojeras, una dulzura inmensa. Su pretendida dureza queda entonces arruinada por una sonrisa muy ancha. Gerard jadea algo al hablar, se cansa y tiene que beber mucha agua para seguir la conversación. La enfermedad de los pulmones, agravada por todas las persecucio-



Arthur London "Gerard" ha vivido la guerra de España, la resistencia en Francia, la deportación al campo de exterminio nazi de Mauthausen y las torturas, las calumnias de los suyos en Checoslovaquia. En la foto, con su mujer, Lise, y la autora de este trabajo.

Lise y Arthur London:

nes que ha padecido, le ha dejado en la voz una leve fatiga y un hablar lento y sordo.

—Cuando entraste en España como brigada internacional tuviste una recaída en los Pirineos, ¿no?

—Sí, pasé con muchas dificultades. Los compañeros me ayudaron porque el camino era difícil. Tuvimos que dejar a un compañero negro americano porque tuvo una crisis cardíaca. Pasábamos clandestinamente, a escondidas, porque ya el Gobierno francés había firmado el pacto de no intervención. En Figueras nos detuvieron, a todo el grupo de brigadas, y nos tuvieron un par de días en la fortaleza.

—¿Pero al Cataluña era republicana!

—Sí, pero estábamos en mayo del treinta y siete y los que nos detuvieron fueron los anarquistas. Pero llegamos a un acuerdo y pudimos llegar a Barcelona. Aunque allí nos extrañó también que nos tuvieran encerrados a todos, éramos unos ciento veinte brigadas, en la estación del ferrocarril. Venían los del Partido Socialista Unificado de Cataluña y los de la Federación Anarquista Ibérica, y algunos grupos incontrolados, oíamos tiros y no sabíamos si podíamos continuar o no. Horas más tarde todos los grupos se pusieron de acuerdo y pudimos continuar hasta Albacete, que era la sede de los brigadas.

—Te diste cuenta de que había problemas internos en el bando republicano, en el bando de los tuyos, y a pesar de ello seguiste...

—Naturalmente, porque sabía que eso son cosas menores, lo importante era la lucha del pueblo español, la lucha de los brigadas internacionales, claro que me dolía encontrar cosas que no sospechaba.

—Os tenemos a vosotros, un luchador checo y una luchadora francesa que vienen a luchar en la guerra de otro país, España. ¿Os sentíais extranjeros?

—Nunca tuvimos este sentimiento. Al contrario, a medida que avanzaba la lucha del pueblo español más cerca nos sentíamos y más nuestra era la lucha.

—Lise, tú eres una mujer que se incorpora a la lucha. Pero los hombres estaban en el frente y tú tenías que estar en la retaguardia. ¿Te sentiste discriminada alguna vez como mujer?

—Yo no sentí nunca discriminación. Llegué a fines de octubre de mil novecientos treinta y seis, antes del pacto de no intervención. En mi tren había más de mil voluntarios y se paraba en todas las estaciones, hasta en las más pequeñas, y venía toda la gente de las poblaciones a saludarnos, a charlar con nosotros, nos ofrecían flores, fruta y comida. Desfilamos en Barcelona ante la

gente, con un entusiasmo increíble, bajamos por la Rambla con la bandera republicana y la francesa. Yo sentí el entusiasmo del pueblo que nos acogía como hermanos. Para el pueblo español, nosotros representábamos la solidaridad que tanto necesitaban. Porque se sabía que con Franco estaban los moros, los alemanes, los italianos, que ellos tenían armamento que les llegaba cada día. El pueblo español tenía la conciencia de que estaba a la vanguardia de todas las fuerzas en lucha contra el fascismo. Ellos sabían que sus penas y sus sacrificios no eran sólo para su lucha y nosotros no ignorábamos que estábamos luchando para conseguir la paz mundial y vencer al fascismo. Y esta idea no sólo la teníamos los luchadores, sino también la gente sencilla del campo, el obrero y la mujer española. Es por eso que sentíamos que nosotros también pertenecíamos al pueblo español.

—Sin embargo, perdemos la guerra y vosotros continuáis la guerra en Francia, esta vez contra los alemanes. Pero antes ocurre algo, ocurre el pacto germano-soviético. ¿Cómo os lo tomasteis?

—Fue para nosotros una sorpresa muy grave —responde London—, no el pacto en sí, pues creíamos

—A ti te detuvieron los alemanes, ¿no?

—Fui detenida por la Policía antiterrorista francesa que colaboraba con los alemanes, yo estaba embarazada de mi segundo hijo y esto fue lo que me salvó la vida. Si no, me hubieran decapitado. Me detuvieron después de una gran manifestación popular en que pedíamos a las mujeres francesas que impidieran que sus maridos, hijos o hermanos, fueran a trabajar a Alemania. Yo les decía que los escondieran y que alentarán a sus hombres a participar en la lucha armada. Me detuvieron, pues, y como había habido varios muertos en la manifestación me acusaron de todo. Yo me quedé sola, como responsable, y me acusaron de asesina, anarquista, guerrillera, terrorista y comunista. ¡Imagínate!

—Yo tuve la suerte —dice Gerard— de que no me identificaron cuando me detuvieron los alemanes. Oía que buscaban a un tal Gerard, que lo buscaban por toda Francia, pero nunca supieron que ese Gerard era yo. Me detuvieron con papeles falsos, con nosotros había muchos españoles, estaban los de la MOI (mano de obra inmigrada), los que organizamos la zona Norte ocupada. También estaba

—Creíamos que después de Hitler y Mussolini caería Franco. Fue para nosotros una decepción muy grande ver cómo Franco seguía aquí en el poder. Vimos entonces que teníamos que seguir luchando.

—¿Qué idea tenías entonces de Stalin?

—Yo tenía una confianza incondicional en la Unión Soviética y, naturalmente, en Stalin, que era el jefe del pueblo soviético. Habían muerto muchos millones de soviéticos en la guerra y para nosotros era Stalin quien había llevado adelante la lucha victoriosa del pueblo soviético contra los alemanes.

—Gerard, tú regresas a Checoslovaquia y eres viceministro de Relaciones Exteriores en el Gobierno de tu país, dirigido por el Partido Comunista. Pero llega un buen día y los tuyos te detienen. La fe que tenías, ¿desaparece? ¿Qué pensaste cuando te culpaban de todo lo que te llegaron a culpar?

—Lentamente me fui dando cuenta de que ocurrían cosas extrañas, cosas que eran ajenas al movimiento comunista, al socialismo, cosas que no tienen nada que ver con nuestra lucha, con nuestro pasado. Cosas que iban incluso contra los intereses del socialismo. Esas fuerzas extrañas a mis ideas estuvieron presentes durante mis años de cárcel, durante todo el proceso.

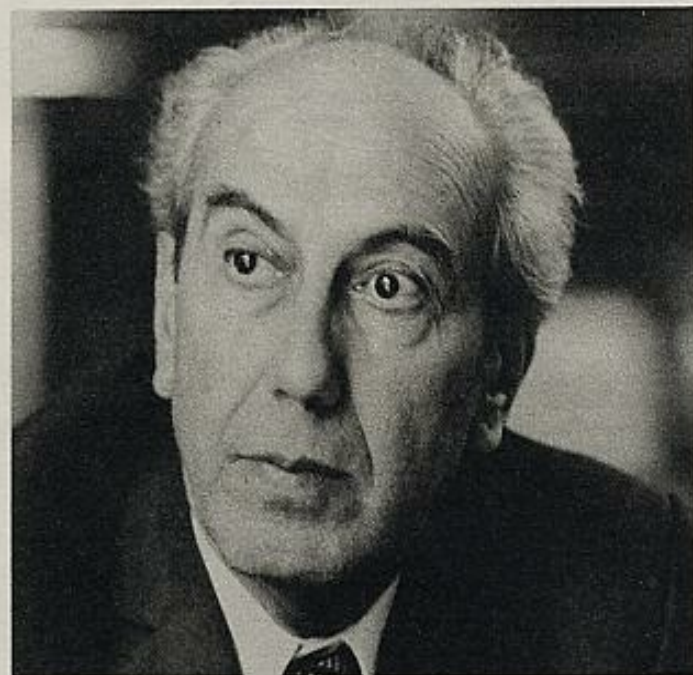
—¿De qué te culparon?

—De ser un agente del imperialismo americano, de la Policía francesa, de ser un agente de Noël Field. Me culparon sobre todo de trotsquismo. De ser el dirigente de un grupo de antiguos voluntarios de la guerra de España que eran también acusados de trotsquistas. Y toda esa gente era buena, toda esa gente eran grandes luchadores que habían estado en España, en la Resistencia, en los campos nazis y siempre se habían comportado heroicamente.

—Tú, además, eres judío...

—Sí, había entre los jueces un fuerte antisemitismo. Me decían: "Y usted, ¿cómo es que siendo judío ha sobrevivido los campos de exterminio nazis?". Esa fue la prueba de mi culpabilidad. Los antiguos brigadas internacionales fueron perseguidos durante mucho tiempo en mi país, el solo hecho de haber estado en la guerra de España ya era suficiente para que te calificaran de aventurero, trotsquista, de enemigo del movimiento comunista internacional. Nos despreciaban, pensaban que éramos gente no fácilmente manipulable por Stalin.

—¿Y tú qué sentías? ¿Qué sentías al ver que compañeros tuyos, compatriotas tuyos, te acusaban de esas cosas, te metían en la cárcel y te obligaban a confesar públicamente hechos que no habías llevado a cabo? ¿Pensabas que el mundo se había vuelto loco, o que te habías vuelto loco o que todo simplemente era un sueño?



"Escribí 'La confesión' para explicar todo el engranaje montado para convertir a los revolucionarios checos en criminales".

que la Unión Soviética tenía derecho a hacer sus propios pactos internacionales. Lo que nos dolió es que eso repercutió en la política interna de los partidos comunistas de diferentes países. Y eso ya no tenía que ver con la política interna de la Unión Soviética.

—Siempre tuvimos fe, no obstante —añade Lise—, en que acabaríamos con el fascismo internacional. Aunque podíamos caer, morir en la lucha.

Zavodsky, un gran resistente checo, ex brigada internacional, a quien colgaron en mil novecientos cincuenta y cuatro durante el proceso de Praga.

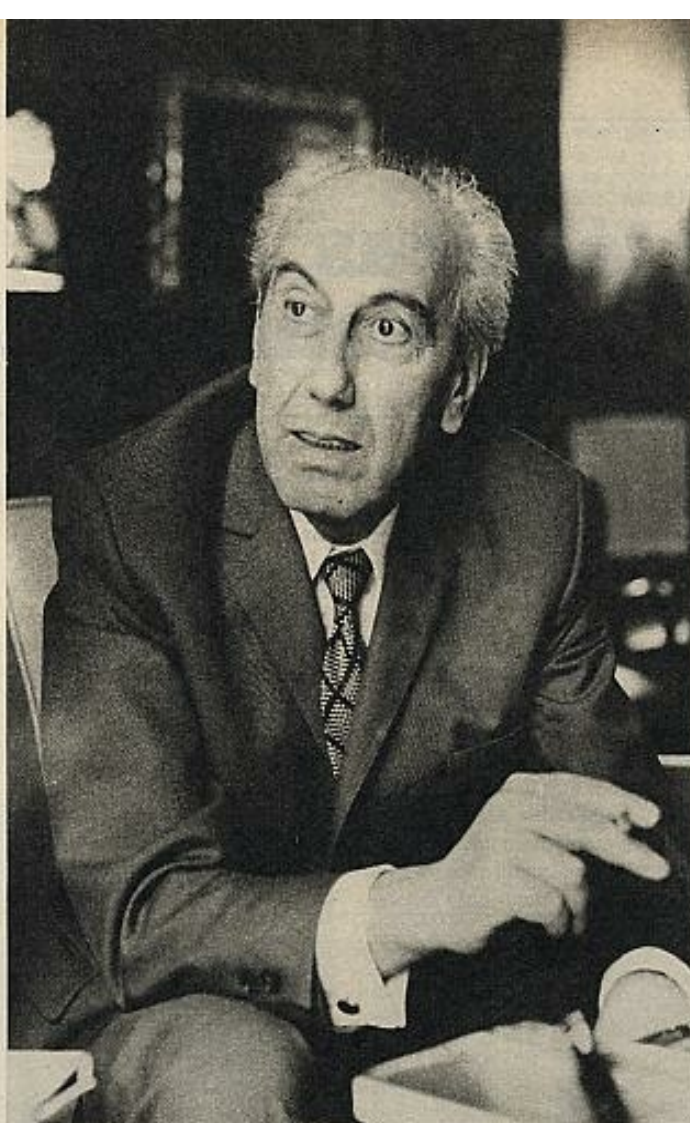
—Después los dos sois deportados a los campos de exterminio nazis. Tú en Ravensbrück, Lise, y tú, Gerard, en Mauthausen. En mil novecientos cuarenta y cinco se acaba la guerra. ¿Estáis convencidos de que el fascismo ha sido derrotado?

—Al principio pensaba todo esto. Pero con mi experiencia personal ante el Tribunal me di cuenta pronto de que todo era inventado. Todo me presionaba y fue para mí muy doloroso ver de qué manera compañeros míos se acusaban falsamente, como he sabido después, de todos los crímenes que se pueda imaginar.

En *La confesión* hay una carta de Gerard a Lise escrita desde la cárcel. Empieza así: "Lise mía, hace ya más de dieciséis años que nos dimos nuestro primer beso. Evoco cada día este recuerdo y todo el tiempo que ha pasado después y que me ha revelado tu amor tan puro, tan fuerte...". Poco tiempo después le anuncian a London que su mujer, Lise, ha renegado de su unión con Gerard y que se separa de él. London escribe: "Después de haber perdido al partido, pierdo a mi mujer y a mis hijos. Mientras que yo sigo luchando, todas las personas queridas me reniegan". Hasta después de haber "confesado", London no recibirá cartas de los suyos y no se dará cuenta de que le han engañado.

—Lise, ¿llegaste a sospechar en algún momento de que Gerard era culpable?

—Llegó un momento que lo creí: cuando escuché por la radio su confesión. Estábamos todos reunidos alrededor de la radio, yo no entendía bien el checo, pero entendí perfectamente cuando la voz de Gerard se confesaba culpable, cuando reconocía todos los crímenes que le acusaban. Fue un golpe muy duro para mí. Hasta aquel momento yo había creído que cuando Gerard se encontrara delante del Tribunal gritaría su inocencia. Fue aquel un golpe muy duro, muy fuerte, porque yo conocía a mi marido y sabía todo el coraje que había tenido durante toda su vida. No podía imaginarme entonces que en el movimiento comunista existían métodos que podían hacer declarar a un inocente su culpabilidad. Eso no podía creerlo. Por eso cuando oí a Gerard confesarse culpable, creí que lo era de verdad. Porque yo había creído que los anteriores procesados eran realmente culpables cuando confesaron su culpabilidad. Nunca pensé que había esos métodos, pues la fidelidad a mis ideas no podía permitirme concebir la existencia de esos métodos para nadie, ni para mi marido ni para los demás. Luego, cuando empecé a leer las acusaciones en los periódicos, vi que algo fallaba. Vi que Gerard decía cosas que eran falsas, pues yo las conocía bien, y fue entonces cuando mi mente empezó a pensar que si se miente en una cosa se puede mentir en todo. Estuve veintiséis meses sin ver a Gerard, desde enero de mil novecientos cincuenta uno hasta abril de mil novecientos cincuenta tres. Pero cuando lo vi después de cinco me-



"Soy un comunista que quiere un socialismo de rostro humano".

ses del proceso me di cuenta de que todo era mentira. Me di cuenta que él era inocente y así me lo dijeron sus ojos y así me lo dijo él. Y entonces mi desesperación terminó, entonces sabíamos que empezaba una nueva etapa, era también una etapa de lucha para que la verdad volviera a surgir. Todo fue diferente, pues, aunque la gente no me mirara, aunque perdiéramos amigos, aunque tuviera tantas dificultades económicas para mantener a mis padres, ya muy ancianos, y a los niños...

—Hubo alguien, sin embargo, que desde el principio creyó en la inocencia de tu esposo...

—Sí, fue mi madre. Mi madre era una campesina aragonesa casi analfabeta que conservó su castellano purísimo hasta el último momento y que quería con locura a Gerard. Mi madre, que era una cristiana muy creyente, no estaba deformada por el partido, por lo que era entonces el partido, creía en la bondad de la gente, creyó siempre en Gerard porque decía que un hombre tan bueno como él no podía ser culpable de nada. Que los malos eran los demás.

—Gerard, ¿qué te llegaron a hacer para que te transformaran de tal manera, para que te obligaran a confesar falsedades?

—Es muy difícil de explicar en pocas frases... Sólo quisiera decir que lo que hicieron conmigo también lo hicieron con mucha otra gente. Ya en los procesos de Moscú, los compañeros combatientes, grandes revolucionarios, confesaron sus culpas, sus crímenes imaginarios, falsos. En mi proceso murieron once personas de los catorce procesados. Escribí *La confesión* para explicar cómo se preparaban las confesiones, todo el engranaje que habían montado para convertir a los revolucionarios checos en criminales. La escribí para que fuera un testimonio para los comunistas, para que los partidos comunistas sepan hasta dónde se puede llegar sin espíritu crítico, con esa confianza incondicional que hemos tenido durante años en la Unión Soviética. Así, mi libro estaba dedicado sobre todo a los comunistas.

—Y tú, Gerard, a pesar de todo sigues siendo comunista...

—Sigo siendo fiel a mis ideales, al compromiso que contraí en mi juventud de luchar por una sociedad mejor, soy un comunista que quiere, como mis compañeros checos, un socialismo de rostro humano.

—¿Qué representó para vosotros la entrada de los tanques soviéticos en Checoslovaquia?

—Fue una terrible agresión para todo el movimiento comunista internacional. Nosotros, los checos, queremos un comunismo basado en los Derechos Humanos, y nos sentimos parte del movimiento comunista internacional, de lo que dijeron Berlinguer, Marchais y Carrillo en la última conferencia de Berlín. Como los eurocomunistas, nosotros también estamos por un socialismo más verdadero.

—Pues hay quien dice que eso del eurocomunismo es una payasada.

—No, no lo creo. Los partidos eurocomunistas se identifican con la situación nacional de sus países.

—Después de tantos años, Gerard, ¿sientes rencor?

—No, no lo siento. Tengo la decisión de luchar contra este pasado que nos ha colapsado, contra todo dogmatismo, contra las raíces que ha echado el stalinismo, voy a luchar con todas mis fuerzas para que triunfe el socialismo.

—La película *La confesión* fue cortada en España, no sé si lo sabías... Fue cortada precisamente cuando tú te afirmabas comunista. Quedaba, pues, una película ambigua. ¿No tienes miedo de que la reacción, de que la derecha capitalista se aproveche de ti y de otros como tú para hacer propaganda contra las ideas socialistas?

—No, no tengo ningún miedo. Nosotros ignorábamos lo de la película, de verdad.

—Yo puedo decir—termina Lise—que con todas las experiencias pasadas, con nuestra sensatez adquirida a través de la lucha y del sufrimiento, yo puedo decir que ahora somos mejores comunistas que antes.

Después de la charla, los profundos ojos de Lise se cierran por un momento, se oscurecen sus ojeras. Gerard también calla, la mano sostiene su cabeza. Gerard está fatigado y se levanta con mucho trabajo. Las piernas apenas le responden, el cuerpo se resiente de todo el sufrido: el nervio óptico débil, casi no puede leer, dificultad para andar... Cuando aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad, los médicos creyeron que era una depresión. Quisieron arreglarlo todo con una cura de sueño. No se daban cuenta de que, en realidad, Arthur London —o Gerard— tenía el corazón roto. También lo tenía su mujer, Lise, a quien la fuerza le sale del cuerpo, la fuerza para combatir con su ejemplo la falsedad de un sistema que empezó bien y que ahora tiene demasiado miedo de sí mismo para sentirse libre. A pesar de todo ello, con Lise y Gerard la esperanza sobrevive. En ellos la idea se convierte en algo tangible, en ellos la utopía toma forma humana. Con ellos, una se alegra íntimamente de haber escogido un camino difícil, pero bello: el camino de la libertad.

■ M. R.